

# LOS CAFES CANTANTES

A la fenecida institución del café cantante empiezan a rondarla nostalgias, y no de poetas bohemios sino de hombres emprendedores, bien enseñados a ir a lo suyo. A saber si no sobrevendrá una resurrección de aquellos establecimientos que en otros tiempos se reputaban de muy pícaros, y hasta vendrían a acentuar esa obstinada vuelta atrás que promulga la moda, desde el vestir y el peinar de las señoras -o acaso más, de los caballeros- hasta la decoración. Síntomas, desde luego, existen. Aunque sólo sean aproximaciones, tanteos, timideces.

Ejemplo. En uno de los principales lugares hispanos de diversión -sí, una costa famosa con aire de Las Vegas- abre sus puertas algún reciente café que aspira a recoger el estilo de aquellos otros del Pasaje Chinitas, en Málaga. La idea es buena como para echarle un aplauso, pero, puestos a ello, merecería ser llevado con valor a sus últimas consecuencias. El café cantante debiera estar aparte de un Drug Store, y de ninguna manera puede ampararse en el slogan de «No stop show», aunque sí cabría hacerlo en el lema de «jaleo permanente». Sean los tipos nórdicos admitidos en su recinto, pero en número limitado proporcionalmente al de clientes indígenas, y aquí un cupo obligatorio de tratantes en lo que sea, pues un café cantante lo es no solamente por lo que pasa en el tablado sino por el paisaje humano de alrededor de las mesas. Tampoco parece procedente la llamada a la espontaneidad artística de los parroquianos fundándose en el ambiente íntimo del establecimiento, pues el café cantante no ha de ser familiar y si vasto y multitudinario, sin parentesco con los nidos de arte (eso de nido de arte suena un poco así..., aunque no tanto como nido de amor, y no digamos si se cae en el diminutivo; mejor los nidos para los pájaros y si acaso para las ametralladoras, que hace viril y musculoso), y su escenario reservado a la honradez de los profesionales, conscientes de la seriedad de un trabajo que se abrocha en cada sesión con el brío patriótico de la jota.

Sí. Terminaban siempre con la jota. Antes habían pasado el cuadro, flamenco, el caricato, la hawaiana y el conjunto hispanoamericano. Veíanse en el público atendedores de dedicación plena, aunque lo más frecuente consistía en una sabia alternancia de lo artístico con el manejo del dominó. Una vez apareció en la ciudad de mis días un trío que tocaba y cantaba lentamente, insidiosamente: «Alma del África

lejana, llenas mi pecho de candela». Entonces se suspendía el golpeteo de las fichas sobre el mármol y no se toleraba el ruido de una mosca. Yo no encontré la clave hasta pasado el tiempo, cuando comprendí la inmensa necesidad de lejanías tropicales que puede acumularse en el corazón de un mozo de Villarramiel, provincia de Palencia. La jota, al final, era una explosión afirmativa y realista, de alguna manera emparentada con «el himno y los gritos de ritual» en una ceremonia política.

Acaso me esté dejando encandilar por los recuerdos, y mejor debiera aconsejar prudencia a quienes otean como negocio la vuelta de los «Universal», los «Iris», los «Lion d'Or». Porque, ¿dónde está el empresario capaz de rescatar los viejos y amplios locales que hoy son sucursales bancarias y grandes almacenes? ¿Y en qué lonjas se podrían contratar suficientes lagarteranas y loteros? Pero, sobre todo, y aquí la madre del cordero: ¿dónde están los parroquianos tan ricos que puedan disponer de sus tardes? El café cantante, aunque también conociera su nocturnidad cotidiana, era principalmente el expediente para surcar una tarde provinciana y lenta. Ciudades de vieja tradición cafetil y soportalera son ahora polos de desarrollo.

**Antonio PEREIRA**